



poemas

Felipe Benítez Reyes

861.6

BEN

Col·lecció Poesia de Paper

29

Poemas

Felipe Benítez Reyes



Palma 1995

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5106351723

© del text: l'autor, 1995

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 1995

Disseny: Jaume Falconer

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro i Perfecto Cuadrado Fernández

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: IMPRESRÀPIT, c/ de Baró de Santa Maria del Sepulcre, 7. Palma

DL: PM/ 300-1995



Felipe Benítez Reyes nació en Rota (Cádiz) en 1960. Como poeta es autor de *Los vanos mundos* y *La mala compañía*, entre otros. El conjunto de sus poemas está publicado en el volumen *Poesía 1979-1987* (Hiperión, Madrid, 1992), por el que obtuvo el premio Ojo Crítico. Con posterioridad ha publicado *Sombras particulares* (Premio Fundación Loewe, Visor, Madrid). Como novelista es autor de *Chistera de duende* (Seix Barral), *Tratándose de ustedes* (Seix Barral) y *La propiedad del paraíso* (Planeta). Es autor asimismo de un libro de relatos (*Un mundo peligroso*), de un dietario (*La maleta del naufrago*) y de una recopilación de trabajos críticos (*Bazar de ingenios*).

Benítez Reyes ha sido director de las revistas *Fin de siglo* y *Renacimiento*.

EL MERCADER

I

· **Extendía la herida roja de las manzanas,**
la blanca herida de las palomas.
Su mundo eran monedas invisibles.
La eternidad era su mundo
y ofrecía la tarde
en bandejas mojadas por la sangre del viento.

II

Cada tarde llegaba el mercader. Unas monedas
bastaban para ver feliz el rostro
de aquel que asesinaba las palomas,
de aquel que mordió oscuro la manzana.

III

Nunca vimos su rostro y acaso lo besamos.
Andaba entre los jóvenes; velaba, verde y frío,
el sueño de doncellas, la vigilia de ancianos.
Estaba y no dormía. Su mano era de invierno.

IV

Vivir el otoño recordando ese mar
y temiendo el invierno inacabable
hacía su visita
más grata y más amiga. Sin embargo,
nos traicionaba siempre, nos ofrecía objetos sin valor
a precios altos. Y en su comercio
pensábamos la vida avanzar más gloriosa.
Nunca nos avisó de los peligros.

V

Cada tarde llegaba el mercader
con nuevas baratijas. Ilusionados
a su encuentro corríamos y alegres.
Nunca decepcionaba: raras lentes,
jarrones de cristal y blanco humo,
cuerpos, telas, sombras...
Nunca nos mintió en vano:
era su juego eterno y era triste.
Al paso de los años nos amó con más fuerza.

Cada tarde llegaba el mercader, el tiempo,
extendía las manzanas...

(De *Paraíso manuscrito*)

EL SÍMBOLO DE TODA NUESTRA VIDA

Hay noches que debieran ser la vida.

Intensas largas noches irreales
con el sabor amargo de lo efímero
y el sabor venenoso del pecado
—como si fuésemos más jóvenes
y aún nos fuese dado malgastar
virtud, dinero y tiempo impunemente.

Debieran ser la vida,
el símbolo de toda nuestra vida,
la memoria dorada de la juventud.
Y como el despertar repentino de una vieja pasión
que volviesen ahora aquellas noches
para herirnos de envidia
de todo cuanto fuimos y vivimos
y aún a veces nos tienta
con su procacidad.
Porque debieron ser la vida.

Y lo fueron tal vez, ya que el recuerdo
las salva y les concede el privilegio de fundirse
en una sola noche triunfal,
inolvidable, en la que el mundo
pareciera haber puesto
sus llamativas galas tentadoras
a los pies de nuestra altiva adolescencia.

Larga noche gentil, noche de nieve,
que la memoria te conserve como una gema cálida,
con brillo de bengalas de verbena,
en el cielo apagado donde flotan
los ángeles muertos, los deseos adolescentes.

ADVERTENCIA

Si alguna vez sufres —y lo harás—
por alguien que te amó y que te abandona,
no le guardes rencor ni le perdones:
deforma su memoria el rencoroso
y en amor el perdón es sólo una palabra
que no se aviene nunca a un sentimiento.
Soporta tu dolor en soledad,
porque el merecimiento aun de la adversidad mayor
está justificado si fuiste
desleal a tu conciencia, no apostando
sólo por el amor que te entregaba
su esplendor inocente, sus intocados mundos.

Así que cuando sufras —y lo harás—
por alguien que te amó, procura siempre
acusarte a ti mismo de su olvido
porque fuiste cobarde o quizá fuiste ingrato.
Y aprende que la vida tiene un precio
que no puedes pagar continuamente.
Y aprende dignidad en tu derrota
agradeciendo a quien te quiso
el regalo fugaz de su hermosura.

LA DESCONOCIDA

En aquel tren, camino de Lisboa,
en el asiento contiguo, sin hablarte
—luego me arrepentí.
En Málaga en un antro con luces
del color del crepúsculo, y los dos muy fumados,
y tú no me miraste.
De nuevo en aquel bar de Malasaña,
vestida de blanco, diosa de no sé
qué vicio o qué virtud.
En Sevilla, fascinado por tus ojos celestes
y tu melena negra, apoyada en la barra
de aquel sitio siniestro,
mirando fijamente —estarías bebida— el fondo de tu copa.
En Granada tus ojos eran grises
y me pediste fuego, y ya no te vi más,
y te estuve buscando.
O a la entrada del cine, en no sé dónde,
rodeada de gente que reía.
Y otra vez en Madrid, muy de noche,
cada cual esperando que pasase algún taxi
sin dirigirte incluso
ni una frase cortés, un inocente comentario...
En Córdoba, camino del hotel, cuando me preguntaste
por no sé qué lugar en yo no sé qué idioma,
y vi que te alejabas, y maldije a la vida.
Innumerables veces, también,

en la imaginación, donde caminas
a veces junto a mí, sin saber qué decirnos.
Y sí, de pronto en algún bar
o llamando a mi puerta, confundida de piso,
apareces fugaz y cada vez distinta,
camino de tus mundos, donde yo no podré
tener memoria.

ELEGÍA

Algunos paisajes de mi infancia han muerto.

Ha muerto Azor, corsario de Malasia,
cuyo nombre temblaba en las bocas de fresa
de las damas del siglo XVIII.
Ha caído la casa de don Álvaro
Miguel de Sotogrande (nos llevaba, riendo,
al sótano en que había tazas envenenadas
para que los espíritus tomaran el té de medianoche).
Ha muerto el capitán Rodden, que subía borracho
del fondo de los mares cada tarde
para contarme historias de reyezuelos africanos.
Ha desaparecido el dragón triste de los sueños
y queda el dragón negro del Poder,
cuyo reino se yergue sobre la pesadilla.

Algunos paisajes, decía, de mi niñez han muerto.
Yo los recuerdo ahora, y ese mapa borroso
de la memoria tiene
la señal de una ruta que ignoro a dónde lleva.

MISERIA DE LA POESÍA

La lenta concepción de una metáfora

o bien ese temblor que a veces queda
después de haber escrito algunos versos
¿justifica una vida? Sé que no.
Pero tampoco ignoro que, aun no siendo
cifra de una existencia, esas palabras
dirán que quien dispuso su armonía
supo ordenar un mundo. ¿Y eso basta?
Los años van pasando y sé que no.

Hay algo de grandeza en esta lucha
y en cierto modo tengo
la difusa certeza de que existe
un verso que contiene ese secreto
trivial y abominable de la rosa:
la hermosura es el rostro de la muerte.
Si encontrase ese verso, ¿bastaría?
Tal vez no. Su verdad, ¿sería tanta
como para crear un mundo, para darle
color nuevo a la noche y a luna
un anillo de fuego, y unos ojos
y un alma a Galatea, y unos mares
de nieve a los desiertos? Sé que no.

(De *Los vanos mundos*)

ARTE MENOR

En esta noche que muere
mi vida ya está perdida.
En esta noche de nieve
no tengo cartas marcadas
para ganar la partida.

Mi vida ya está perdida.

La luna fue mi memoria,
la perdí al amanecer.
Velo una luna sin vida.
Las sombras que me persiguen
no las puedo detener.

Mi vida es cosa perdida.

En esta noche de nieve
¿de qué conozco a mi vida?
Galopa en caballo muerto
mi vida, que va perdida.

Huyendo en noche de nieve.

¿De qué se muere la luna?
Mi memoria está dormida
sobre un mar atormentado.
Brilla un puñal en la herida.

La luna muere en pecado.

En esta noche de nieve
¿quién ganará la partida?

Mi vida ya está perdida.

Lo que yo amaba no es mío,
porque nadie tiene nada.
Todo es de sombra y tiniebla.

La partida está ganada.

¿Quién me dijo que apostara
a este juego de la vida?

En esta noche que muere
mi vida ya está perdida.

En esta noche de nieve.

(De *Pruebas de autor*)

MARTES DE CARNAVAL

Corre embozada por los callejones,
y cansada, la música. Cristales rotos
por la calle y la sombra
de una niña bebida, cantando y dando tumbos.

Besa el pirata al hada.
Alguien silba
por el muelle un cuplé melancólico;
las locas se abanicán los falsos escotados.

¿Qué afán persiguen todos,
qué promesa?
Confundidos
bailan bajo las guirnaldas
como dioses de un día, como altivas sirenas
perdidas en el mar
de fondo de la noche.

Un niño soñoliento
vende gorros y globos. Con las medias caídas
vuelve Lili Marlen a casa, del brazo de un torero.
Suenan canciones últimas con el sabor amargo
de la última copa.

Cada cual
tuvo un afán secreto y misterioso,
pero en sí mismos mueren los deseos:

vuelo de serpentina,
cometa fugaz de olvido.

Despunta el sol tras las soberbias torres.
Suenan campanas graves, y en el suelo
botellas destrozadas, y un mendigo que busca
monedas entre el lodo de la fiesta.

FLOR DE UNA NOCHE

Dimos en aquel bar de aquel suburbio,
y un vaso con licor de mala marca,
con su oro falso y pálido, quemando
por dentro como un fuego de artificio;
final de fiesta ya, muerta la luna.

Iban llegando obreros soñolientos.
Un marinero hablaba de Marruecos
y era la voz del mar su voz de bruma.
La aurora dibujaba en los cristales
su rosa de papel descolorida.

Una gitana vieja se acercó hasta nosotros,
caballeritos golfos apurando la noche,
y nos vendió claveles mustios,
arrancados, quién sabe, del jardín
de un cementerio, robados de las tumbas.

Al día siguiente tuve
sobre mi mesa aquella flor,
con su espeso olor muerto,
como símbolo —y es un decir—
de las noches festivas,
aburridas y vanas, reino de juventud
que busca halago en las pasiones
pasajeras, triviales —y alguna vez muy serias—
que por lo visto hacen de la vida,
vista a cierta distancia, una alegre leyenda
algo menos vulgar que la vulgar vida misma.

LAS MALAS COMPAÑÍAS

Los amigos que tengo hacen vida de barra,
distraen a las perdidas, salen sólo de noche.
Los amigos que tengo maldicen a la vida
apoyados en barras, meciendo copas frías,
perdidos en la noche.

A menudo, de noche,
mis amigos dan fiestas y beben vino amargo,
pues saben que la vida exige tales gestos
a la guardia más joven que vela sus castillos,
su leyenda dorada.

Los amigos que tuve
acosaban de noche a las niñas perdidas,
castigando las barras de los bares siniestros,
castigando las barras.

Los amigo que tuve, si los tuve,
ya no son mis amigos,
que la noche es de nadie y luchamos por ella.
Mis amigos van solos cuando sale la luna
y nos vemos esquivos, y a veces nos hablamos.
Alardea cada cual de sus heridas.

Los amigos que tengo, si los tengo,
llevan luz de la luna en sus ojos cansados.

Yo tengo unos amigos que no sé si los tengo,
cometas que van errantes, gente ociosa que esconde
un corazón helado quemándole en el pecho.

LA RECOMPENSA

Después de tanto asedio, de fingir que pasaba
por sus calles, por aquellos suburbios
con motos y almacenes,
después de frecuentar los bares que frecuentaba
—y aquellas discotecas de sirvientas y chulos—
bebiendo de los vasos más tristes que recuerdo,
por verla, por si estaba, por si acaso
la vida daba fiesta aquella noche,
y después de aguantar fiestas con gente
que ni el demonio mismo
se interesa por ella, de salir
de madrugada en coches con escándalo
de cláxons y de ruedas derrapadas
—niños bien, alocados, ya sabes—
por buscarla,
y encontrármela siempre en los brazos de aquel
camarerito con melenas,
con los ojos cargados, con las medias caídas...

Después de tanto afán —que se apaga en sí mismo—
en esta habitación de hotel la oigo ducharse
—esa ropa hecha en casa, los zapatos gastados—
y parece esa agua como la de la lluvia
en un día apagado del otoño.

.....

La norma del deseo, de acuerdo, es no cumplirse
para que brille siempre en la memoria,
joya muerta que esplende más allá de su enigma.
Ningún deseo vale —y así lo repetimos en las tertulias—
tanto asedio, tanto fingir,
y esas noches en blanco, tantas copas,
pero ¿quién se lo explica al corazón?

(De *La mala compañía*)

PERSISTENCIA DEL OLVIDO

Recuerdo una ciudad como recuerdo un cuerpo.

Caía ya la luz sobre las calles
y caía en tu cuerpo
—en un hotel oscuro, o en no sé
qué ciudad— la luz agonizante
de velas encendidas.

Un temblor
de velas, o un temblor de árboles,
en el otoño sucedía —no lo sé—
en la ciudad que no recuerdo
—y esa desmemoriada sensación
de haber estado allí, ignoro adónde,
con alguien que no sé,
quizás en la ciudad que siempre olvido.

Tal vez era la lluvia: mi pasado
ocupa un escenario de calles desoladas.
Sin duda era la lluvia golpeando
los cristales de un taxi, con alguien a mi lado,
con alguien que ha perdido
sus rasgos con el tiempo.

O era yo
—no lo sé—, tal vez yo mismo

reflejado en cristales mojados por la lluvia.
Quizás era en verano, no recuerdo,
y era otra ciudad la que ahora olvido.
Una ciudad con bares junto al mar,
donde tú nunca estabas.

No sé bien
qué ciudad era aquella en que la luz
tenía la apariencia de una flor abrasada,
pero tus manos frías estaban en mis manos,
tal vez en algún cine con palcos de oro viejo,
en su caliente oscuridad.

Una ciudad
se vive como un cuerpo,
se olvida como él.

Posiblemente
ahora evoco ciudades que existieron
al lado de esos cuerpos que existieron
en ciudades que existen tal vez en el olvido.
Que deben existir, pero no sé.

HABITACIONES PRESTADAS

Era un sonar de llaves indecisas.

Un ruido profundo de ascensores;
inquietados huéspedes de aquellos edificios
de la periferia, dorados por la tarde.

Era buscar a ciegas
interruptores de luz, como quien busca
en esas bibliotecas truculentas
el secreto resorte
que conduce a la cámara privada,
al sitio inconfesable.

Era el olor
de sábanas extrañas, y el olor
desconsolado de los cuartos
de huéspedes, con libros y revistas
de desecho.

Era
vestirse con el frío. Salir de allí
de nuevo como extraños.
Más unidos, en fin, por una sombra.

El amor tiene ahora en el recuerdo
olor a cuartos húmedos
y el sonido furtivo de una puerta al abrirse.

APUNTE

Esos barcos que llegan sigilosos al muelle
tienen algo de símbolo y de fácil metáfora.
El símbolo quizás de lo que muere.
La metáfora, en fin, de una vida ignorada.

De niño los miraba inventando unas rutas
por olvidados mares y por tierras de magos.
Perdiéndose en la niebla, helados por la luna,
los barcos de mi infancia iban siempre de paso.

Perseguían un mundo que no existe. Un mundo
que ha muerto en mí, que está borrándose
al evocarlo ahora desde este mar oscuro
que sólo surcan ya los barcos fantasmales.

(De Sombras particulares)

ROYAL CINEMA

Se hacía la oscuridad, y era el verano
entonces aún mas denso: una mezcla
de fruta corrompida y mar caliente.

Pero era también, y sobre todo,
la imagen de jinetes que cruzaban
el oro degradado de un desierto,
o era un bajel en llamas,
con una media luna, al fondo,
sobre un mar de artificio.

La noche de verano era una espesa
y macerada flor, y en ella había
piratas con pelucas empolvadas
y tipos con pistola, carruajes
tirados por caballos con penachos,
camino del castillo
de un vampiro galante, en Transilvania.

La noche lenta y honda del verano
eran estrellas rotas y fugaces,
un cielo de verbena, y allí estaban
los torvos pistoleros, los comanches,
el hombre de la máscara de plata
y las mujeres golfas que expandían
un grávido perfume de pecado

por el aire sudado de la noche,
cuando se iluminaba la pantalla
y la fantasmagoría
iba tomando cuerpo en un corsario,
en un matón sombrío, en una rubia
platino que dejaba para siempre,
flotando para siempre en nuestros sueños,
un perfume vicioso de flores maceradas,
parecido al olor de los veranos.

LA CONDENA

El que posee el oro añora el barro.

El dueño de la luz forja tinieblas.
El que adora a su dios teme a su dios.
El que no tiene dios tiembla en la noche.

Quien encontró su amor no lo buscaba.
Quien lo busca se encuentra con su sombra.
Quien trazó laberintos pide una rosa blanca.
El dueño de la rosa sueña con laberintos.

Aquel que halló el lugar piensa en marcharse.
El que no lo halló nunca es desdichado.
Aquel que cifró el mundo con palabras
desprecia las palabras.
Quien busca las palabras que le cifren
halla sólo palabras.

Nunca la posesión está cumplida.
Errático el deseo, el pensamiento.
Todo lo que se tiene es una niebla
y las vidas ajenas son la vida.

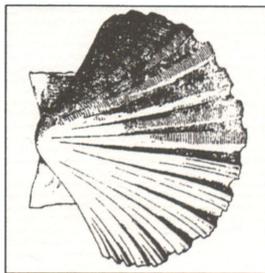
Nuestros tesoros son tesoros falsos.

Y somos los ladrones de tesoros.

(Inéditos)

La lectura d'aquests poemes ha estat realitzada per l'autor al Centre de Cultura de «Sa Nostra»

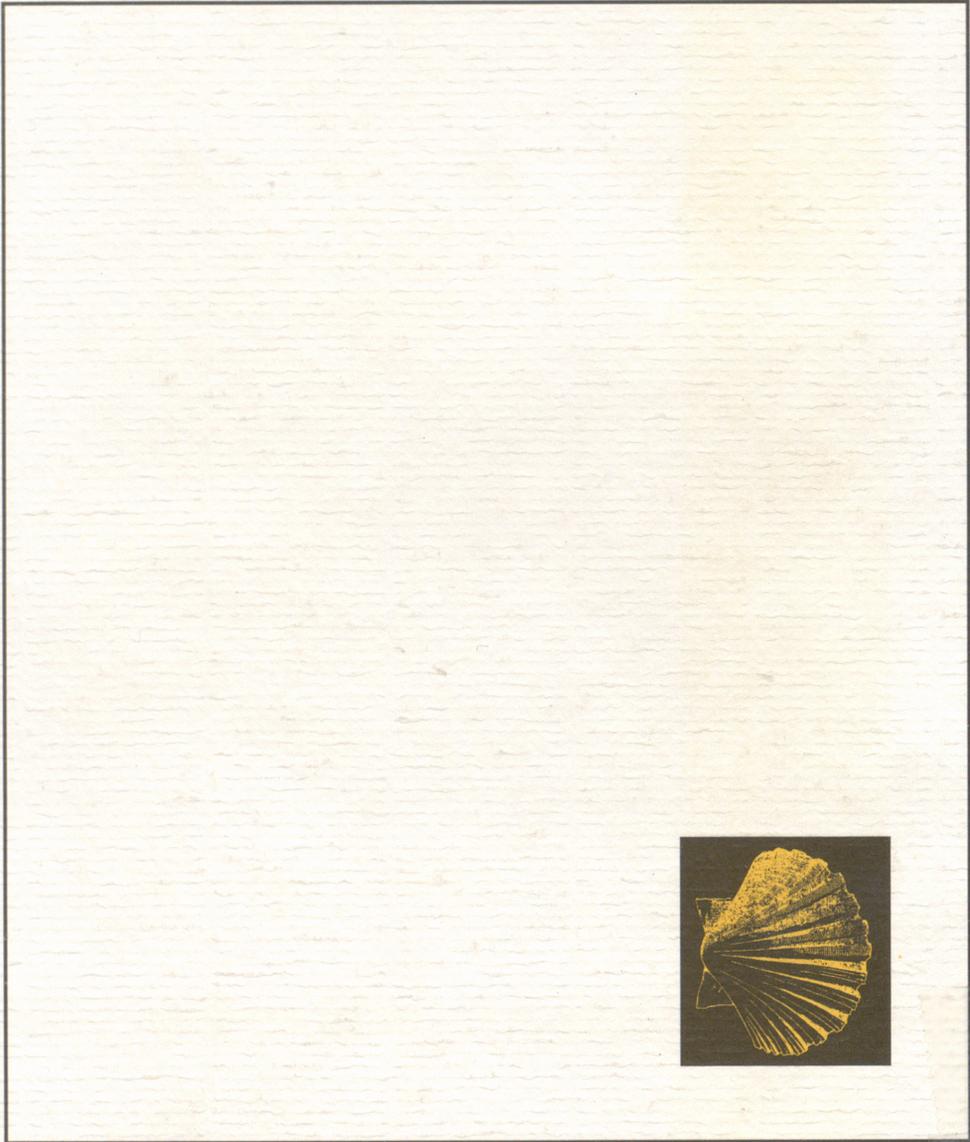
el dia 13 de març de 1995



26. JOSEP MARÍ. *Poemes*

27. FRANCISCO J. DÍAZ DE CASTRO. *Noches de hotel*

28. MIQUEL CARDELL. *Les terrasses d'Avalon*



Universitat de les
Illes Balears

SA
NOS
TRA
Obra Social
i Cultural